

UNA EVOCACION DE JOSE MARIA ARGUEDAS

POR
CECILIA BUSTAMANTE

Austin, Texas

Tú ves, como niño, algunas cosas que los mayores
no vemos...

(Los ríos profundos)

Después de los catorce años fui rescatado por la sociedad de los «blancos». Fui huérfano de madre a los tres años... Luego de una adolescencia de trotamundos por el territorio humano y geográfico más diverso y hermoso, alcancé a ingresar a la Universidad de San Marcos de Lima. Murió mi padre cuando acababa de entrar a San Marcos. Ya profesor en el colegio fiscal Mateo Pumacahua de Sicuani, en 1939, me casé...¹

Mi padre había viajado al norte del Perú a tentar fortuna. Regresó a Lima en 1939, con varios niños y poca fortuna. Veníamos con grandes deseos de conocer a los abuelos, tíos, primos, cuyas imágenes y nombres mi padre había mantenido vivos en —para nosotros— fantásticas historias. A la luz de las lámparas de gasolina escuchábamos en la alejada hacienda piurana de Parihuanás sus relatos sobre nuestros choznos, bisabuelos y abuelos en varios lugares del sur del Perú y del norte de Chile y también cuentos sobre las más cercanas figuras de sus hermanas menores Alicia y Celia Bustamante —las que se dibujaban en mi imaginación infantil como dos mujeres extraordinarias—. La voz de mi padre se teñía de admiración y cariño al recordarlas. Cuando pusimos pie en Lima, luego de tres días de viaje por mar desde Paita al Callao, cono-

¹ Entrevista con Tomás Escajadillo, en Juan Larco, ed., *Recopilación de textos sobre José María Arguedas* (La Habana: Casa de las Américas, 1976).

cidos, por fin, a los abuelos, a nuestros pequeños primos, a *nuestra familia*. Sentí para siempre una gran admiración por Alicia y Celia. No eran como otras personas: parecían unidas por un lazo invisible de fuerza, una pasión que animándolas les concedía singularidad y belleza. Más tarde comprendí que esa pasión incluía también su ideal político y su labor a favor de los indígenas del Perú. Viajaban constantemente por los pueblos de la costa y de las sierras reuniendo objetos de arte popular que más tarde conformaron su famosa colección ².

Alimentaron así su casi agresivo amor al Perú, en defensa de lo nativo y de los artistas populares, a quienes constantemente ayudaron. Fue natural que se conocieran con José María Arguedas cuando éste llegó a Lima. Alguien lo llevó a la *Peña Pancho Fierro*, el lugar de reunión que mis tías habían fundado; allí, artistas e intelectuales peruanos y extranjeros que visitaban Lima convergieron por más de veinte años haciendo de esta Peña una vanguardia de la vida cultural peruana ³. José María y Celia se enamoraron pronto y se casaron en 1939, en un día que dejó algunas imágenes en mi recuerdo.

La casa de mis abuelos, en la calle Mariquitas 336, en el centro de Lima, estaba con más gente que de costumbre. Vivíamos allí también los Bustamante Moscoso, ahora de regreso en Lima. Mi abuela Josefina Vernal y Luza estaba ciega desde hacía varios años y Celia era su última hija y la más querida. Ese día, mi abuela deseaba saber todo lo que estaba sucediendo a su alrededor: cómo vestía Celia, qué hora era, quiénes iban y venían. Ella sabía que su hija emprendería viaje después de la ceremonia.

Yo había aprendido a leer muy temprano y me había convertido en su «lectora y acompañante». Deseosa de comunicación, la abuela me

² Donada en vida de ambas hermanas a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima y al pueblo de Cuba. Celia viajó a La Habana con ese fin en 1971. Cuando se encontraba dedicada a entregar la otra parte de la colección a la UNMSM, la sorprendió la muerte, el 25 de agosto de 1973, en el pueblo de Barranca. Su muerte no se descubrió hasta varias semanas después. Su labor quedó incompleta.

³ La escritora puertorriqueña Concha Meléndez dice en un recuento de su viaje al Perú: «La Peña Pancho Fierro es un sitio de reunión de las gentes de letras y arte de Lima... Dirigen la Peña dos muchachas jóvenes, inteligentes, limeñas en la gracia y en el tipo: Alicia y Celia Bustamante. Mirándolas reír, conversar..., recordaba las observaciones de Radiguet (sobre las limeñas). José Sabogal pintó el retrato de las dos hermanas en grupo. Me presentaron a Xavier Abril, Emilio Adolfo Westphalen, Enrique Peña Barrenechea, José Hernández, Alberto Tauro, Orestes Plath, Martín Adán, César Moro, a José María Arguedas, el cuentista de *Agua...*», en *Entrada al Perú* (La Habana, 1941), pp. 48-50.

confiaba largas historias de su niñez en Iquique, su vida de colegiala en Europa, recuerdos, momentos de un mundo que iba desapareciendo. Hablaba a un niño, quien confiamos olvide.

Celita se casaría con un escritor que hablaba el quechua y que escribía mezclando en sus cuentos el castellano y la lengua nativa. Un muchacho inteligente que había encontrado un puesto de maestro en un pueblo muy lejos, cerca del Cuzco, que se llamaba Sicuani. Allí llevaría a mi tía Celia cuando se casaran. Lástima que no tenían dinero. Y dejaba resbalar algunas lágrimas en su oscuridad.

—Me llama «doña Josefina, la cieguita»; quisiera poderlo ver. Buen muchacho. Un escritor, lástima que van a trabajar tanto y tan lejos, pero así son los artistas...

Algo más la tenía triste:

—José no estará aquí. Se casarán por poder, ¿entiendes?

—No, abuela.

—Otra persona representará al novio. Además, no van a ir a la iglesia; ellos no creen en esas cosas.

Suspiraba, se secaba otras lágrimas con su pañuelito con olor a lima que luego escondía en una de sus mangas. No recuerdo quién representó a José aquel día entre las maletas a medio cerrar, algunos parientes cercanos y poquísimos amigos. Celita se apuraba vestida de blanco con un traje de dos piezas tejido a palillos; se la veía linda. Alicia, emocionada y chaposa, ponía en orden las cosas. Las dos entrañables hermanas se iban a separar por primera vez.

José María, Celia y Alicia formaron una tríada unida por sus ideas y trabajos. Durante por lo menos un cuarto de siglo su casa fue también posada de los artistas populares que llegaron a la gran ciudad desde las alturas de los Andes. Sus coincidencias eran fecundas y la época de su más profunda búsqueda y producción se dio mientras estuvieron trabajando juntos. José escribía sobre un mundo al que Alicia pintaba en sus cuadros y Celita animaba con su ingenio. Ella apoyó y alentó vivamente a su marido, el escritor serrano que se imponía en un medio tan clasista y superficial como tiende a ser la sociedad limeña. Mis tías conocían por dentro ese ambiente y lo desafiaron constantemente al precio de algunos pesares de mis abuelos, que las aprobaban en silencio, y la censura de algunos parientes con resabios de aristócratas venidos a menos.

La tía y su escritor se fueron al remoto pueblo de la sierra. A veces llegaban cartas y fotos. Mucho campo, sol, trigo, música: la esencia misma de lo que a ellos les gustaba. Viajaban a otros pueblos; su amigo Emilio Adolfo Westphalen se les unió en un viaje a Huánuco; con Celia

y José enlazados bajo el sol, una fotografía en traje de baño los fijó felices.

Tiempo después volvió de visita «la pareja», como los llamaba mi abuela. Entonces conocí a José María. Era un hombre muy sencillo, modesto y dulce. Reconocí en él a los amigos de provincia en las sierras donde habíamos crecido. Su aire infantil nos invitaba al juego, a los cuentos. Resultó ser muy preguntón: quería saber de nuestras historias, lo que habíamos conocido, escuchado, aprendido, comido, jugado; lo que los indios de esos pueblos nos contaban en las tardes.

Recordé el sabor de estas divertidas conversaciones tiempo después, cuando tuve en mis manos *Canciones y cuentos del pueblo quechua* (1947), colección de tradiciones, mitos y leyendas que recogió de las colegiales en el colegio donde yo estudiaba y en otros planteles del país.

Celia y José se instalaron en la casa de mis abuelos. Trabajaban mucho y no se podía jugar siempre con él. Su cuarto era un lugar fantástico para mí. Colmado de objetos de arte popular peruano y mexicano, de alforjas, chullos, quenas, mantas, un charango, una guitarra, papeles, una maquinita de escribir vieja y ruidosa en la que mi tía Celia siempre tecleaba. Era una mezcla de taller y de «cuarto en que se vive». José escribía a mano. Tenía lisiada una mano; yo había escuchado que cuando niño había tenido una madrastra muy mala que lo maltrataba. Supuse que algo tendría que ver con esos dedos encogidos y me daba mucha pena.

José María conversaba mucho con mi abuela en la penumbra del comedor; yo los contemplaba a través de una mampara, en alguna tarde de invierno limeño que me apretaba el corazón con algo parecido al miedo. Desde mi sillita de mimbre veía que estaban juntos a la cabecera de la mesa, como si él le estuviera dando quejas de sus penurias de niño. La abuela sacudía la cabeza, le hacía preguntas, le tocaba la mano.

Cuando él estaba trabajando no debíamos entrar a su cuarto. A veces nos llamaban a saludar a algún amigo que querían que conociéramos, a algún pariente, rápidamente. Allí conocí por primera vez a Alliocha, hijo de sus amigos Ortiz Rescanière. Le tenían predilección: era un niño inquieto e inteligente. A él se referiría José María en su carta de despedida al rector de la Universidad Agraria. Alejandro Ortiz, su discípulo muy querido.

Una tarde llegó a buscarlos un muchacho flaco, alto y narigón. Con las manos en los bolsillos del gabán, aire apurado y una sonrisa simpática. Era Sebastián Salazar Bondy, que había llegado de Buenos Aires. Ingresó al grupo de sus amigos de la Peña. Otra vez, en el mes de octubre, arreglaron los balcones de la casa para que llegaran sus amigos

toreros a ver pasar la procesión del Señor de los Milagros, a echarle flores deshojadas mientras subía el incienso. Manolete entre ellos, lo mismo que Domingúin y algunos otros señoritos toreros que practicaban en la hacienda Huando.

Tenían una casita en la playa de Supe, al norte de Lima. Era entonces un puerto quieto y hermoso, sin fábricas de harina de pescado. Allí invitaron año tras año a sus amigos de la Peña, y después de la temporada comentaban con mi abuela los amoríos y acontecimientos del verano. Visité una vez esa casa, cuando aún no estaba terminada de construir: algunos cuartos sin techo, un patio mirando hacia el mar, macetas, conchas incrustadas en las paredes de los baños. Y cuadros de pintores indigenistas en las paredes del comedor. Pasaron en Supe, con sus amigos pintores, poetas y músicos, inolvidables veranos.

Ella (Celia), su hermana Alicia y los amigos comunes me abrieron las puertas de la ciudad de Lima, me hicieron más fácil mi no tan profundo ingreso a ella y, con mi padre y los libros, el mejor entendimiento del castellano, la mitad del mundo. Y también con Celia y Alicia empezamos a quebrantar la muralla que cerraba Lima y la costa: la mente de los criollos todopoderosos, colonos de una mezcla bastante indefinible de España, Francia y los Estados Unidos, y de los colonos de estos colonos...⁴

Otro día, mi abuela mencionó que José estaba terminando un libro, que no había que entrar a su cuarto ni tocar algún papel.

—Va a publicar un libro nuevo. Tu tía Alicia ha hecho los dibujos; las viñetas se debe decir.

Sí, ya lo sabía. Había visto a Alicia ante su caballete. Me gustaba verla pintar, pero la importunaba haciéndole muchas preguntas que no sabía indiscretas. Una de ellas la irritó tanto, que me dio con la paleta en la cabeza; salí disparada y resentida. Así que no le conté a mi abuela cómo eran sus nuevos dibujos y menos sobre los cuadros que estaba pintando. Por lo general, le leía las críticas de arte sobre sus exposiciones, y también lo publicado respecto a José María. No entendía ni jota; a veces reconocía algún nombre: lo demás era aún muy complicado para mí. Pero mi abuelita disfrutaba mucho y se llenaba de orgullo:

—Lee eso de nuevo, ¿cómo dice?, ¿excepcional?, ¿auténtico?

Poco después apareció *Yawar fiesta*. El día que llegaron algunos paquetes de libros de la imprenta, en su cuarto no se podía ni caminar. Algunos amigos, mis otros tíos y tías, mis primos, todo era un alborozo.

⁴ Carta a Gonzalo Losada, revista *Oiga*, núm. 353 (Lima, 1969), pp. 17-18.

La abuela me llamó más tarde después del *lonche*, como siempre, para que le hiciera conversación. A la cabecera de la enorme mesa, esta vez comprendí que no iba a escuchar la radio.

—Ven, Yola, léeme ahora el libro de José. Dime bien cómo son las viñetas.

Y sacó de su regazo un ejemplar nuevecito; se trataba de un libro de no muchas páginas que le describí minuciosamente, el pie de imprenta, todo. Mi abuela, que había crecido en Europa, regresó al Perú a los veintiséis años para casarse con don Carlos Bustamante y Gandarillas, de Arequipa. Ella hablaba cinco idiomas, pero prefería el alemán: sabía de memoria poemas de Goethe, Schiller. Al leerle *Yawar fiesta* nos deteníamos en las palabras quechuas.

—Parece alemán. ¿Le gustará a la gente el uso del quechua en un libro?

¿Qué soy? Un hombre civilizado que no ha dejado de ser, en la médula, un indígena del Perú; indígena, no indio. Y así he caminado por las calles de París y Roma, de Berlín y Buenos Aires...⁵

Cuando terminábamos de cenar en la gran mesa presidida por mi abuela y a la cual se sentaban mis tres tíos, los siete nietos de entonces y mis padres, mis tíos elegían algunas noches a un par de nosotros para ir con ellos al Correo Central, en la Plaza de Armas, para depositar las cartas. Me gustaba mucho hacer este paseo. Nos llevaban de la mano en la opacidad de Lima, a veces bajo la garúa. Lima no era todavía una ciudad despersonalizada. Tenía un discreto sabor colonial, con sus balcones coloniales que se veían en la noche como cajitas de encaje dibujadas por la luz interior. Ellos comentaban la última reunión en la Peña, su trabajo, sus proyectos. Aunque no comprendía sus conversaciones, sentía que los tres poseían una clave que los hacía diferentes, admirables.

Otras noches nos iba hablando en quechua, haciéndonos recordar lo que habíamos aprendido en nuestras vacaciones en Huariaca, el pueblo minero donde mi padre se había establecido para vender madera a las minas. Nos enseñaba entonces algunas frases que cuando las estrenábamos con nuestros amigos del pueblo resultaban ser chistes colorados o palabrotas de esas que dicen los indígenas cuando están eufóricos por el aguardiente y que no dejaban de tener la frescura de su sencillez.

Mis tíos fueron también a México y luego hablaban mucho de ese país. Tuvieron gran amistad con Moisés Sáenz. Una fotografía suya esta-

⁵ *Ibid.*

ba en lugar preferente, al lado de su caballete, en el cuarto de mi tía Alicia. Hablaban del arte popular mexicano y peruano, amenazado de ser destruido por el turismo, de la pobreza y abuso contra los indios. Cuando se ponían a trabajar, estaban como a una gran distancia, en un mundo que yo admiraba y que los hacía vivir como ellos eran.

Alegres, jóvenes aún, apasionados. Todo lo que los rodeaba adquiriría un acento de belleza y plasticidad. Sus ropas, sus cosas, la disposición de los muebles, sus *souvenirs*, algunas plantas, los gatos, sin los que José no podía estar. Los veo aún: José rasgueando su charango en el ocio de una tarde feliz, cantando suavemente huaynos que me eran familiares; o si no, también el estentóreo «¡Wifalalá! ¡Wifalaalaaá!». De vez en cuando se lanzaba a bailar. José era como un niño más en la casa. Lo admirábamos porque mi abuela nos había enseñado a respetar la inteligencia. Cuando nació mi hermana Nora, mi madre le pidió que la llevara a la pila de bautismo. A José le agradó mucho eso de ser padrino.

Desde 1945 me han visto muchos médicos peruanos... y antes padecía mucho con los insomnios y decaimientos...⁶

Después que terminé mi secundaria, veía poco a José María. Alguna vez me buscó en el diario *La Crónica*, donde yo trabajaba, y me pidió mis poemas, que después le llevé a su oficina en el Museo. Estaba nervioso, distinto, tenso. Viajaba mucho y se había vuelto famoso; se habían mudado varias veces huyendo de los ruidos, que lo perturbaban siempre: los ladridos de los perros, las peleas de los gatos, las estridencias de los vecinos, el ruido callejero. Algo se derrumbaba sutilmente y Celia pereció en ese caos. Se separaron en 1964, ella no lo acompañaba en sus viajes, iba con frecuencia a Chile por atención psiquiátrica.

Toda mi numerosa y conservadora familia no pudo comprender nunca por qué José dejó a Celia, y menos que hubieran tenido que comunicarse hasta el final. Mi abuela sí lo hubiera entendido, si hubiera estado viva entonces.

Lo iba yo a buscar a veces en la Galería de Arte donde trabajaba su nueva mujer. Una vez estuvimos con Angel Rama tomando café en el «Viena», al lado de la Galería. Otra vez, en 1968, cuando yo alistaba mi viaje a Estados Unidos, quería conversar con él y despedirme. Me dio sus quejas sobre su salud, su desesperación. Luego me presentó a Sibila: era una mujer joven, sus ojos de una expresión profunda, vivaz,

⁶ Carta a Sibila Arredondo, revista *Visión del Perú*, núm. 5 (Lima, 1970), pp. 28-29.

con un velo cálido en la mirada. Me quedé sorprendida; se parecía a mi tía Celia.

Alicia y Celia continuaron viviendo juntas. Alicia sufría una enfermedad que la inhabilitó lentamente; trabajaba en el Museo. Luis Valcárcel, al ver las dificultades que tenía para movilizarse, le cedió su despacho de director en el primer piso. Murió en brazos de Celia el 27 de diciembre de 1968. Recordándola, José María escribió en el diario *El Comercio*, en el que debía de ser uno de sus últimos artículos: «Alicia Bustamante Vernal formaba parte de la élite artística limeña, teóricamente convencida del ilimitado destino que ofrece al arte y la cultura peruanas el arte llamado indígena... En sus apasionados viajes por los pueblos serranos llegó a cumplir una función inestimable...; llegó a ser no solamente lo que tantas veces se ha dicho de ella: que fue quien ofreció a Lima por primera vez una exposición de arte popular peruano (1939), la que ofreció por primera vez una exposición de arte popular boliviano (1942), quien por primera vez alcanzó la hazaña de exponer el arte tradicional peruano en las capitales europeas (1959); todo esto sin haber tenido nunca fortuna personal; pero aun así, no fue ésta la mejor obra de Alicia Bustamante. Igualmente importante fue que ella se convirtiera en un puente vivo entre los dos mundos culturales aún hoy muy separados y que estaban mucho más cuando ella salió a los pueblos a recopilar el arte indígena. Transida por las luces y los amores de la obra de todos los artífices indios y mestizos a quienes ella se acercó, pudo a su vez mostrar a esos artífices el cambio que estaba operándose en el otro universo social del país. Ella, Alicia, tenía la facha y el rostro típicos de los menospreciadores que formaban la casta de los dominadores, pero Alicia era distinta. A pesar de no hablar quechua, ella ganaba en instantes... la confianza y el afecto de los alfareros, tejedores, imagineros...; convencía de que no todos los 'mistis', no todos los 'blancos' eran sordos y como hechos de otros materiales misteriosamente impenetrables y odiosos... Sin duda le debe mucho a Alicia Bustamante la difusión del arte popular peruano y lo que este hecho representa para la cultura peruana... nadie duda que a nadie le debe más el país que a ella.»

José María se suicidó finalmente y murió el 2 de diciembre de 1969. Celia los sobrevivió hasta 1973; murió trágicamente el 25 de agosto de ese año, camino de Supe. En un artículo en *El Comercio*, firmado con las iniciales H. B. G., el 14 de septiembre de 1973, se dice de ella: «El país ha perdido a una mujer excepcional, que dedicó su vida a las más altas manifestaciones del espíritu. Se reafirmó en su condición de infatigable promotora del arte popular... Hasta el último instante de su

vida, Celia, como antes su hermana Alicia, estuvo dedicada a la colección, cuidado e incremento de la Colección de Arte Popular Peruano.»

Terminaron así, separados y víctimas al final de un medio tan inclemente como es el Perú para sus creadores. José María y Celia no dejaron hijos. Alicia no se casó; irritó, sí, algunos convencionalismos limeños. Dejaron muchos libros, algunos cuadros, su magnífica colección de arte popular. Alguien me comentó, sin embargo, un día, al ver mis hasta hoy inútiles esfuerzos por organizar el Centro de Documentación y Archivo José María Arguedas: «Olvídate, es una tarea imposible; si parece que nunca hubieran existido.»

Pero conforme pasan los años, parece que se los escuchara cantar cada vez más fuerte con el maestro Oblitas de *Los ríos profundos*:

Aún estoy vivo,
el halcón te hablará de mí,
la estrella de los cielos te hablará de mí,
he de regresar todavía,
todavía he de volver.

